

2.ª EPÍSTOLA DE PEDRO

Introducción

La segunda epístola de Pedro es todavía más sencilla que la primera. Al igual que la de Judas y las de Juan, está escrita especialmente para alertar contra los seductores que, con promesas de libertad, engañaban a las almas enredándolas en el pecado y en el libertinaje, negaban la venida de Cristo y promovían el desconocimiento de Sus derechos sobre ellas. La epístola amonesta a los cristianos a quienes se escribió la primera carta, indicando las características de estos falsos maestros con su contundente denuncia y relato de la longanimidad de Dios, y con el anuncio del juicio que, como la paciencia, era conveniente que ejecutase Su majestad.

Antes de formular estas advertencias, que comienzan en el capítulo 2, el apóstol exhorta a los cristianos a afianzar su llamada y elección, evidentemente no en el corazón de Dios, sino a constatar este hecho en el suyo propio y en la vida, caminando de tal manera que no tropezaran, que el testimonio de su porción cristiana fuese siempre coherente y se les pudiera dispensar una entrada abundante.

Estas exhortaciones se basan, en primer lugar, en lo que ya se les ha dado; en segundo lugar, en lo que es aún futuro, la manifestación de la gloria del reino. Al tocar este último tema, hay indicada una porción más excelente: la estrella resplandeciente de la mañana, el Cristo celestial y nuestra asociación con él, antes de que aparezca como el Sol de justicia. En tercer lugar, las advertencias se basan también en la disolución de los cielos y la tierra, con el aviso solemne a los santos instándoles a que caminen en santidad, quedando así probada la inestabilidad de toda esa incredulidad esperanzada únicamente por la visión continuada de estas dos esferas.

Capítulo 1

El apóstol describe a sus hermanos como quienes habían obtenido la misma fe preciosa que él, por la fidelidad de Dios³⁵ a las promesas de los padres. Estoy seguro de que es lo que expresa aquí la palabra «justicia». La fidelidad del Dios de Israel había otorgado a su pueblo esta fe —el cristianismo— tan preciada para ellos.

La fe aquí es la porción que tenemos en las cosas que Dios ofrece, reveladas en el cristianismo como verdades, mientras que lo prometido todavía no lo hemos alcanzado. Fue de esta manera como los judíos creyentes debían poseer al Mesías y todo lo que Dios daba en él, como el Señor les dejó indicado: «no se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. Hay muchas mansiones en la casa de mi Padre, voy a preparar un lugar para vosotros». Es decir, no poseéis visiblemente a Dios, lo gozáis creyendo en él. Lo mismo sucede con respecto a Mí: no me vais a poseer de forma corpórea, sino que vais a gozar de todo lo Mío, de la justicia y de todas las promesas al creer. Fue así como estos judíos creyentes, a quienes Pedro escribía, poseían al Señor: habían recibido esta fe preciada.

Les desea, como de costumbre, «gracia y paz... —y añade— en el conocimiento de Dios y de Jesús nuestro Señor». El conocimiento de Jesús, como centro y apoyo, nutre la fe a través de la cual se expone y engrandece su conocimiento, protegiéndola de la vana imaginación de los engatusadores. Pero un poder vivo la acompaña, un poder divino de lo esencial de Dios para los creyentes, tal y como le revela este conocimiento; y este poder nos ha dado todo lo que pertenece a la vida y la piedad. Con el conocimiento que poseemos del que nos ha llamado, dicho poder se halla disponible de un modo eficaz para todo lo relativo a la vida y a la devoción.

³⁵ Este pasaje puede traducirse como «de nuestro Dios y Salvador Jesucristo», y tal vez debería ser así, pues habla de la fidelidad divina hacia las promesas. La epístola a los Hebreos también se refiere al hecho de que Jesús es Jehová.

Así, tenemos aquí la llamada de Dios a ir tras la gloria como nuestro objeto, obteniendo la victoria en la virtud y el coraje espiritual sobre todos los enemigos que encontramos a nuestro paso. No es una ley dada a un pueblo ya reunido, sino una gloria propuesta para ser alcanzada por la energía del Espíritu. Además, tenemos el poder divino, que obra eficazmente en una vida piadosa.

Qué hermoso que la fe pueda usar este poder en la vida del alma y orientarlo a la gloria como fin. ¡Qué protección ante las acometidas del enemigo, si somos realmente conscientes de que este poder actúa por gracia! El corazón es llevado a hacer de la gloria su objetivo; y la virtud, la energía de la vida espiritual, crece en su camino. El poder de Dios nos ha proporcionado todo lo necesario.

Ahora bien, en relación con estas dos cosas (con la gloria y la energía de la vida), se nos dan promesas muy importantes y valiosas, porque todas se ofrecen en la gloria o bien en la vida que conduce hasta allí. Por medio de ellas, somos partícipes de la naturaleza divina, dado que este poder, expresado en la vida y en la piedad, tiene que ver con las principales promesas relativas a la gloria o a la virtud; se trata del poder activo en la gloria expuesta, de su habitual camino celestial. Somos hechos moralmente partícipes de la naturaleza divina por el poder que hay en nosotros, que hace que el alma se fije en la revelación ofrecida. Preciosa verdad y privilegio exaltado, que nos capacita para disfrutar de Dios y de lo bueno de él.

Por la misma acción de este poder, escapamos de la corrupción que hay en el mundo y de su lujuria. No solo no cedemos ante el mundo, sino que tenemos nuestra ocupación en otra parte, por lo que la acción del enemigo sobre la carne disminuye. Los deseos de los que uno no podría limpiarse son eliminados, y cesa la relación corrupta del corazón con su objeto. Es una liberación auténtica; tenemos dominio sobre nosotros mismos a este respecto; se nos libera del pecado.

Pero no es suficiente haber escapado por fe ni siquiera al dominio interno de los deseos de la carne. Debemos agregar a la fe —a esta fe que vive por el poder, y la gloria de Cristo que va a ser revelada—, virtud. Esto es lo principal. Se trata, como hemos visto, de un valor superior a las dificultades que gobierna la moral del corazón, al limitar toda acción de la vieja naturaleza. Una energía mediante la que es dueño de sí y puede elegir el bien y desechar el mal, algo conquistado y que es indigno de uno. Así se comporta, de hecho, la gracia; pero el apóstol habla aquí de la cosa en sí, como viene a ser en el corazón, no en su origen. He dicho que esto es lo principal porque, en la práctica, este autogobierno, esta virtud y energía moral, representa la liberación del mal y posibilita la comunión con Dios. Es lo único que hará posible todo el resto, porque sin la virtud no estamos realmente con Dios. ¿Puede el poder divino aumentar con la relajación de la carne? Si no estamos realmente con Dios, si no actúa la nueva naturaleza, el conocimiento no es más que vanagloria; la paciencia, una cualidad natural e hipócrita, y así sucesivamente. Pero donde existe esta virtud cobra mucho más valor añadirle conocimiento. Poseemos la sabiduría y la inteligencia divinas para guiarnos en nuestro camino, y el corazón se agranda, se santifica, crece espiritualmente con un conocimiento más completo y profundo de Dios, que obra en él y se refleja al andar. Estamos protegidos contra los errores, somos más humildes, más sobrios, sabemos mejor dónde está nuestro tesoro y en qué consiste, que todo lo demás no es sino vanidad y tropiezo. Por tanto, es un verdadero conocimiento de Dios lo que aquí entendemos que hay.

Cuando caminamos en este conocimiento, la carne, la voluntad y los deseos se refrenan, su poder mengua y desaparecen como hábitos del alma: no se alimentan. Somos moderados y hay autocontrol, no cedemos a ellos. La templanza se suma al conocimiento. El apóstol no se refiere a nuestros pasos, sino al estado del corazón a la hora de darlos. Pero siendo este gobernado y la voluntad reprimida, uno soporta pacientemente a los demás, y las circunstancias por las que hay que pasar son, en todos los aspectos, conocidas por la voluntad divina. Añadimos paciencia a la templanza, y el corazón y la vida espiritual se ven libres para gozar de sus verdaderos objetos, un principio de suma importancia en la vida cristiana. Cuando la carne obra de una forma u otra (con actos puramente personales), y hay algo con lo que la conciencia deba

ejercitarse, el alma no podrá gozar de la comunión en la luz de Dios, porque el efecto de la luz es hacer que la conciencia se ejercite. Mas cuando la conciencia no tiene nada que juzgar a la luz, el nuevo hombre está obrando respecto a Dios, ya sea porque es consciente del gozo de su presencia o porque le glorifica en una vida caracterizada por la piedad. Disfrutamos la comunión con Dios, caminamos con él, añadimos a la paciencia piedad.

Como el corazón está en comunión con Dios, los afectos fluyen libremente hacia aquellos que le son queridos y que, al compartir la misma naturaleza, sin duda reciben las emociones del ánimo espiritual, desarrollándose así el amor fraterno.

Hay otro principio que corona, gobierna y caracteriza a todos los otros: la caridad, el amor propiamente dicho. En su raíz, es la naturaleza de Dios mismo, la fuente y la perfección de cualquier otra cualidad que adorna la vida cristiana. La distinción entre el amor y el amor fraternal es de suma importancia. El primero es, de hecho, la fuente de donde mana el último, pero como este amor fraterno existe en los hombres mortales puede mezclarse, en su ejercicio, con los sentimientos puramente humanos, con el afecto individual, con las virtudes personales o aposentarse en el hábito del carácter natural. Nada hay más dulce que los afectos fraternales; mantenerlos tiene su importancia en la asamblea, pero se degeneran cuando poseen la capacidad de enfriarse, y si el amor, si Dios, no ocupa el lugar principal, podrán desplazarle, dejarle de lado, excluirle. El amor, que es la misma naturaleza de Dios, dirige, gobierna y caracteriza al amor fraternal. Lo contrario es lo que nos agradaría, es decir, nuestro corazón. Si el amor divino me gobierna, amaré a todos mis hermanos; los amaré sin parcialidad porque pertenecen a Cristo. Obtendré mayor gozo de un hermano espiritual, pero atenderé al hermano débil con un amor superior a sus flaquezas y realmente delicado en consecuencia. Me ocuparé del pecado de mi hermano con amor para restaurarle, reprendiéndole si es necesario. Si el amor divino está ejercitado, al amor fraternal no se lo podrá asociar, ni siquiera de nombre, con la desobediencia. En pocas palabras, Dios ocupará su lugar en todas mis relaciones. Exigir amor fraternal de tal forma que excluya las demandas que él pretende y sus derechos sobre nosotros, acabará excluyéndole de la manera más plausible a fin de satisfacer el corazón. Así pues, el amor divino, que actúa según Su naturaleza, carácter y voluntad es lo que debe guiar nuestro camino cristiano e imprimir su huella de un modo íntegro y absoluto, con autoridad sobre cada gesto del corazón. Sin esto, todo lo que puede conseguir hacer el amor fraternal es arrinconar a Dios con las formas humanas. El amor divino es el vínculo de la perfección, porque es Dios quien actúa en nosotros, y se convierte en el gobernante de todo lo que bulle en nuestro ser.

Si estas cosas están en nosotros, el conocimiento de Jesús no será estéril. Pero si por el contrario fallan, estamos ciegos, no vemos más allá de las cosas divinas; nuestra visión es reducida, limitada por la angostura de un corazón gobernado por su propia voluntad y desviado por los deseos. Olvidamos que hemos sido lavados de nuestros viejos pecados, y perdemos de vista la posición que nos ha dado el cristianismo. Este estado de cosas no es la falta de seguridad acerca del estado del alma, sino el olvido de la verdadera profesión cristiana, de la pureza en contraste con los caminos mundanos.

Por lo tanto, debemos ganar diligencia y asegurarnos de en qué consiste nuestra elección nueva y vigorosa para caminar con libertad espiritual. De este modo no tropezaremos, y una abundante entrada al reino eterno será nuestra porción. Como en otros muchos pasajes, la mente del apóstol está ocupada con el gobierno divino, aplicado a su trato con los creyentes en lo que a su conducta y resultados prácticos se refiere. No habla de un modo absoluto sobre perdón y salvación, sino del reino, de la manifestación de un poder que juzga rectamente y cuyo cetro es de justicia. Al caminar en los caminos divinos, tenemos parte en este reino y entramos en él con garantías, sin los titubeos del alma que experimentan los que invocan al Espíritu y en cambio adquieren una mala conciencia con cosas que no concuerdan con el carácter de este reino o demuestran, por negligencia, que no ponen sus afectos en él. Si por el contrario el corazón se aferra al reino, y nuestros caminos son los adecuados, la conciencia casará con su gloria. El camino está abierto ante nosotros, vemos a lo lejos y avanzamos sin tropiezos. Nada nos apartará a un lado mientras andemos hacia el reino y estemos ocupados con las cosas que

convienen. Dios no muestra discrepancias con quienes caminan así. Según él, tienen una entrada amplia al reino.

El apóstol desea recordarles estas cosas, aunque ya las conozcan, proponiéndose siempre que siguiera en su tabernáculo terrenal avivar sus corazones puros y enfatizárselas, dado que, como le había dicho el Señor, pronto iba a abandonar su receptáculo. Por este motivo, se preocupaba de que las tuvieran en cuenta cuando les escribía.

Está claro que no esperaba que se levantaran otros apóstoles como sucesión eclesiástica que llenara el hueco de guardianes de la fe con la suficiente autoridad para sostener a los creyentes. Pedro mismo debía tenerlo todo previsto para que en cuanto fuese trasladado, los fieles pudieran seguir sus enseñanzas y se acordaran de él. Para este propósito les escribía la epístola. La importancia y certidumbre de lo que enseñaba eran dignas de su obra. «No hemos —dice el apóstol— seguido fábulas astutamente inventadas cuando dimos a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo, sino que fuimos testigos oculares de su majestad».

Como indican claramente sus palabras, se refiere a la transfiguración. Lo anoto aquí para destacar sobradamente que sus pensamientos sobre la venida del Señor no cruzan la línea de su aparición gloriosa. Por el momento, estaba escondida de aquellos que confiaban en él. Formaba una prueba máxima para su fe, ya que los judíos tenían la costumbre, como sabemos, de esperar un Mesías visible y glorioso. Creer sin ver era la lección que ellos tenían que aprender, y resultó un magnífico apoyo para la fe el hecho de que el apóstol, que estaba aleccionándolos, hubiera visto con sus ojos, junto a sus dos compañeros, la gloria de Cristo saliendo de la nube, un lugar que un judío sabía que era la residencia de Yahvé, el Altísimo. La gloria se exhibió ante ellos, además de la de los viejos santos que compartían su reino. En ese momento Jesús recibió, por testimonio de Dios Padre, gloria y honor; una voz que salía de la gloria excelente y que le reconoció como Hijo bienamado, una voz que los tres apóstoles también escucharon —a la par que veían Su gloria— cuando le acompañaron en el monte santo³⁶.

Tenemos aquí la gloria del reino, no la morada en la casa paterna, una revelación para las personas que viven en la tierra del poder del Señor, de la gloria que recibe del Padre como Mesías, reconocido como Hijo suyo y coronado de gloria y honor a los ojos del mundo. Es en el reino eterno que el apóstol desea que tengan una entrada amplia, y el poder y la gloria que Cristo recibió de Dios son los que él vio, de los cuales da testimonio. De hecho, poseeremos esta gloria, pero no como porción legítima, puesto que como esposa del Cordero la nuestra está resguardada dentro de la casa y no se mostrará al mundo. Pero en cuanto asamblea, no podemos separar ambas cosas. Si somos la esposa, desde luego participaremos en la gloria del reino³⁷. Para el judío, acostumbrado a buscar esta gloria —aparte de las ideas que tuviera sobre ella—, el hecho de que el apóstol la hubiera visto revestía una importancia fundamental. Se trataba de la gloria celestial del reino que va a manifestarse al mundo cuando el Señor regrese con poder (cf Mr 9:1). Una gloria comunicada que proviene de la gloria excelente. Además, el testimonio de los profetas está relacionado con esta gloria que se manifestará; ellos hablaban del reino y de ella, y el resplandor de la transfiguración confirmaba de forma brillante sus palabras. Tenemos, dice el apóstol, la confirmación de los dichos de los profetas. Ellos proclamaban la gloria del reino que había de venir y el juicio del mundo, que debía dar paso a su establecimiento en la tierra. Este anuncio era una luz en la oscuridad, sin otra función que la de ofrecer el testimonio que Dios había dado por medio de los profetas acerca de lo que iba a suceder, del reino futuro cuya luz finalmente disiparía las tinieblas en las que se encuentran distantes los hombres. La profecía era una luz que brillaba en la oscuridad de la noche, pero había otra luz para aquellos que sabían mirar.

³⁶ La parte más sublime de la bendición se nos presenta en Lc 9. Temieron cuando entraron en la nube. Dios habló cara a cara con Moisés desde la nube, pero aquí ellos entran en ella. El carácter celestial y eterno, perpetuo por la cualidad moral que rezuma, es mucho más constatable en Lucas.

³⁷ Comparad Lc 12, donde el gozo dentro de la casa está relacionado con la vigilia; la herencia, con el servicio.

Para el remanente judío, el Sol de justicia surgiría con sanidad en sus alas, y los malvados serían pisoteados por los justos. El cristiano, instruido en sus privilegios, conoce al Señor de otra manera, a pesar de creer en estas solemnes verdades. Mira a través de la ya muy avanzada noche y en su corazón ve por fe el amanecer, la salida de la estrella resplandeciente del alba. Conoce al Señor como le conocen los que creen en él antes de su manifestación al alborear, por el puro gozo celestial de los suyos. Los que miran ven amanecer el día, ven la estrella de la mañana. Así, tenemos nuestra porción en Cristo no únicamente en el día, como dijeron de él los profetas acerca de todo lo que guardaba relación con la tierra y la bendición que provenía de lo alto. Poseemos el secreto de Cristo y de nuestra unión con él, de su venida como estrella para recibirnos antes del alba. Somos suyos durante la oscuridad de la noche, y estaremos juntos en el vínculo celestial que nos une. Iremos a Jesús antes de que todos puedan verle, para que goce de nuestra separación para él y que al manifestarse nos vean llegar a su lado.

El gozo de nuestra porción es que estaremos juntos para siempre con el Señor. La profecía ilumina al cristiano y le separa del mundo, dado el juicio que planea sobre la tierra y la gloria del reino futuro. El testimonio del Espíritu a la asamblea se constata por la atracción que Cristo ejerce sobre ella como estrella resplandeciente de la mañana, mientras el mundo sigue sumido en el sueño.

La brillante estrella es Cristo, cuando antes del día que alboreará con su aparición se halle listo para recibir a la asamblea y podamos entrar en su particular gozo: «yo soy la estrella que luce en la mañana» (Ap 22:16). Esto significa él para la asamblea, lo mismo que para Israel significan la raíz y la descendencia de David. En consecuencia, tan pronto como menciona a esta estrella de la mañana, el Espíritu, que habita en la asamblea inspirándole sus pensamientos, y la esposa, que espera a su Señor, dicen ¡ven! Ap 2:28 dice que el Señor promete a los fieles de Tiatira la estrella de la mañana, es decir, el gozo junto a él en el cielo. Se les había prometido el reino y el poder según los derechos de Cristo (vv 26, 27), pero la porción apropiada para esta asamblea es él mismo. Además de la afirmación de los profetas acerca del reino, esta es la manera que tiene de esperarle la iglesia.

El apóstol pasa a advertir a los fieles de que las profecías de las escrituras no eran formulaciones de la voluntad humana, por lo que no debían interpretarse como si propusieran soluciones distintas y cada una bastara para explicar su significado de forma aislada. Todas formaban las partes de un todo, y tenían un único y mismo objetivo: el reino de Dios. Cada suceso era un paso preliminar hacia este objetivo, un eslabón de la cadena del gobierno divino que conducía hasta él, imposible de dilucidar a menos que fuera percibido por entero en la gloria cristiana como revelación de los consejos de Dios. Porque hombres santos, inspirados por el Espíritu Santo, pronunciaron estos oráculos, siendo uno el espíritu que dirigía y ordenaba el conjunto para exponer los caminos divinos a los ojos de la fe, caminos que terminarían con la instauración de este reino, cuya gloria ya se había manifestado en la transfiguración.

Tenemos aquí estas tres cosas. En primer lugar, el poder divino para todo lo relativo a la vida y a la piedad, declaraciones de un infinito valor, la promesa de nuestra auténtica libertad. Este poder actúa en nosotros proporcionándonos todo lo necesario para hacernos caminar y disfrutar de la vida cristiana.

En segundo lugar, está el gobierno de Dios en relación con la fidelidad del creyente, para que pueda garantizárenos una entrada amplia y abundante en el reino eterno, y no tropezar. El principal resultado de este gobierno se manifestará en la inauguración del reino, cuya gloria vieron en el monte santo los tres apóstoles.

En tercer lugar, para el cristiano había algo mejor que el reino, algo a lo que el apóstol alude simplemente, pues para él no formaba parte del tema principal de las comunicaciones del Espíritu Santo, como sí para el apóstol Pablo; esto es, que Cristo arrebatara a la asamblea, un asunto que no tratan ni las promesas ni las profecías, pero que hacen nacer el gozo y la esperanza inestimables del cristiano enseñado por Dios.

Capítulo 2

El primer capítulo nos ha mostrado los aspectos de la posición cristiana, ofrecidos al apóstol para la enseñanza en los últimos tiempos de los creyentes de entre la circuncisión. Los siguientes dos capítulos ponen ante nosotros las dos formas de maldad características de los últimos días: la enseñanza falsa y corrupta de los hombres malvados, y la incredulidad que niega el regreso del Señor basándose en el equilibrio de la creación visible.

La primera niega al Maestro que los compró. La cuestión no gira en torno al título del Señor ni a la redención, sino al símil de un maestro que ha comprado esclavos en el mercado, ellos lo ignoran y se niegan a obedecerle. Como consecuencia, entre los judíos conversos había falsos maestros que desautorizaban a Cristo y negaban sus derechos sobre ellos. Muchos eran engañados y, como solo tenían el nombre de cristianos, el camino de la verdad caía en el descrédito mientras que, de hecho, con su codicia y halagos mercadeaban con los verdaderos creyentes, considerados unos simples instrumentos. Pero el recurso de la fe siempre se encuentra en Dios. El juicio alcanzaría a estos maestros. Los ejemplos de los ángeles caídos, de Noé y el diluvio, de Lot y Sodoma demostraron que el Señor sabía cómo librar a los justos de sus pruebas y reservar a los injustos para el día del juicio.

Lo que diferenciaba a esta clase de malhechores era el libertinaje y desenfreno de su conducta. Se complacían en sus pasiones carnales y despreciaban toda autoridad de una manera que los ángeles no se atrevían a cuestionar. Aun así, se hacían pasar por cristianos y se juntaban con los creyentes en sus ágapes, enmascarando sus sentimientos, aficionándose cada vez más a la comisión del mal y prometiendo libertad a todos, aunque ellos mismos fueran esclavos de la corrupción y depravación moral que torcían las escrituras.

Enredarse con el mal después de haber escapado de él por el conocimiento del Señor y Salvador, era peor que si nunca hubieran sabido nada del camino de la verdad. Se cumplía el proverbio de que el perro había vuelto a su vómito y la cerda lavada a revolcarse en el fango. Eran apóstatas; aquí el Espíritu de Dios no señala tanto la apostasía como el mal, dado que Su gobierno es todavía vigente. En Judas, la apostasía es de lo más destacable. Pedro nos dice que los ángeles pecaron; Judas, que no guardaron su primer estado.

Capítulo 3

El último capítulo, como decimos, trata del materialismo, de la creencia en el equilibrio de las cosas visibles, y de la desconfianza en la palabra de Dios, que nos enseña a buscar la venida de Jesús, a esperar el regreso del Señor. Ellos juzgaban según los sentidos. No hay, decían, ninguna apariencia de cambio; pero no era así. Para el ojo humano desde luego no, sin embargo estos incrédulos ignoraban deliberadamente el hecho de que el mundo ya ha sido juzgado, que las aguas que por la poderosa palabra de Dios vinieron una vez sobre la tierra lo arrasaron, causando la muerte de todos menos de quienes él mantuvo en el arca. Y por esta misma palabra, los cielos y la tierra de hoy están reservados para el día del juicio y la perdición de los malvados. No es que resulte que el Señor se muestra negligente con respecto a la promesa de su regreso, sino que aún está ejerciendo la gracia. No quiere que nadie perezca, sino que vengan al arrepentimiento. Mil años son para él como un día, y un día como mil años. Vendrá el día del Señor cuando todo pasará y los elementos se disolverán bajo un fuego abrasador, siendo consumido lo que exista. Un aviso solemne a los hijos de Dios de mantenerse en una completa separación de toda la maldad que ven para buscar y apresurar el día en que los cielos se disuelvan y los elementos se diluyan. Todo en lo que se fundamentan las esperanzas de la carne desaparecerá para siempre.

Con todo, habrá cielos nuevos y una tierra nueva, donde habitará la justicia. No se dice que reinará, puesto que esto será durante los mil años de dominio del Señor. Aquí tenemos el estado

eterno en que el gobierno divino, tras haber sido puestas en orden todas las cosas, culminará una bendición sin trabas que manará de Dios, momento en que será entregado el reino al Padre.

Siguiendo los caminos de este gobierno, el apóstol lleva a los cristianos hacia el estado eterno, donde al fin se cumplirá la promesa. El milenio es la restitución de lo que los profetas habían hablado, y, desde un punto de vista moral, el tiempo en el que se transforman los cielos y la tierra por el encarcelamiento de Satanás y el advenimiento del reino cristiano (en Is 65:17, 18, Jerusalén está exultante). Los cielos quedan completamente limpios para no volver a ser profanados por Satán, y los santos en lo alto obtienen el estado eterno. La tierra es liberada, aunque no como punto final. La disolución material de los elementos tiene lugar antes como necesidad de renovarlo todo.

Observad que el Espíritu no habla aquí de la venida de Cristo sino para decir que será escarnecida en los últimos tiempos. Habla del día de Dios, anteponiéndolo a la creencia de los incrédulos en el equilibrio de las cosas materiales de la creación, que depende, como comenta el apóstol, de la palabra divina. Y aquel día, todo en lo que habrán puesto su fe quedará diluido y desaparecerá. No sucederá al comienzo del día, sino al final, y aquí se nos invita a considerar ese tiempo, según la palabra del apóstol, como mil años o cualquier otro periodo que el Señor considere apropiado.

Una disolución tan ceremoniosa de todo aquello en lo que confía la carne debería hacernos caminar de manera que seamos hallados por el Señor, cuando venga a inaugurar este día, en paz y libres de culpa, sabiendo que la aparente demora se debe a su gracia ejercida para la salvación de las almas. Bien podemos esperar durante este tiempo si Dios hace uso de él para rescatar a las almas del juicio y traerlas al conocimiento de sí mismo, con la provisión de una salvación eterna. Esto, dice el apóstol, había enseñado Pablo, que escribió a los creyentes hebreos sobre estas mismas cosas, como hacía en sus otras epístolas.

Es interesante ver que Pedro, a quien Pablo reprendió abiertamente delante de todos, habla aquí de él con todo el afecto. Sabe que las epístolas paulinas contenían una doctrina exaltada, la cual pervertían los inestables y los que no estaban instruidos por Dios. En realidad, Pedro no sigue a Pablo en el campo de la labor donde desempeñaba la obra, pero esto no es óbice para que hablase de sus escritos y afirmara que formaban parte de las Escrituras. He aquí un testimonio importante, que además confiere relevantes matices a las escrituras de uno que puede otorgar este mismo predicamento a los escritos de otro.

Los cristianos habían de permanecer atentos y no dejarse seducir por los yerros de las personas impías, sino esforzarse por crecer en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea la gloria ahora y por los siglos. Amén.